

EL COMBATE

PRECIOS DE SUSCRIPCION

Salamanca: trimestre, UNA peseta.—Fuera idem, 1'50
Fuera: semestre 2'75.—Pago adelantado.

Número suelto, 5 céntos.—25 ejemplares, UNA peseta.—Idem atrasado, 10 céntos.

DIRECTOR: DON ANGEL LORD Y MARCOS

Toda clase de correspondencia y originales se dirigirán á la redacción y administración.
2—CUESTA DE SANCTI-SPIRITUS—2

Año II.—Número 67

SEMANARIO REPUBLICANO

Domingo 11 de Noviembre de 1900

Los carlistas

No es un sueño: no es espantosa pesadilla, es tristísima realidad. En España, en el año de gracia de 1900, cuando alborea el siglo de la igualdad, hay gentes que luchan, con las armas en la mano, por entronizar un Rey absoluto, el Borbón Carlos VII, el símbolo de la reacción en todas las órdenes.

Ante este hecho desconsolador, que nos coloca á la zaga de los pueblos semicivilizados, no basta desahogar la pena en interjecciones y reproches, es preciso hacer confesión pública de nuestros pecados, y seguir la verdad de un propósito de enmienda, cuya realización comencemos en el acto.

Confesemos sí, con vergüenza, que todos dimos alas al carlismo, los gobernantes y gobernados, los demócratas y los liberales, los monárquicos dinásticos y los republicanos de todos los matices, sin que queden libres de mancha los socialistas. La intentona carlista, próxima á convertirse en espantosa guerra civil es la consecuencia legítima, completamente matemática, de nuestra conducta.

Hemos consentido con mansedumbre incompatible con el decoro, que los organismos del Estado se llenaran de gentes neas; hemos entregado nuestros hijos, para que la clerecía á su antojo los educara; hemos consentido que España se poblara de conventos; hemos tolerado que el fariseísmo religioso nos invadiera, al extremo de ser las prácticas de un culto pagano, lo preferente ocupación de la mujer; hemos mermado las fuerzas del profesorado oficial en beneficio de las indoctas órdenes monásticas; hemos nutrido nuestro ejército, en parte no chica, con oficiales y jefes del ejército del pretendiente; el cura, en el confesionario dirige nuestras conciencias, en la escuela y en la cátedra, nuestras inteligencias; en literatura, convirtiéndose en censor nuestro gusto; ¿qué más? hasta permitimos que en la corte pese su influencia más que ninguna otra. Perdimos un imperio tal como Filipinas, solo por la frailería, y cuando arrojados de allí se refugiaron en la Península los frailes causa de la derrota, los empleados causa de nuestro descrédito, y los soldados nuestros únicos valedores, dimos á los unos magníficos conventos, á los otros pingües destinos, y á los buenos, á los defensores de la inte-

gridad nacional, á esos, el permiso de mendigar el sustento. ¿Por qué quejarnos, ahora?

Sí. ¿Por qué quejarnos? Los liberales toleraron la reacción nea; los conservadores la fomentaron; republicanos y socialistas nada hicimos en contra, sino discursar ante públicos convencidos. Todos, todos, tenemos la culpa.

Ha llegado la hora suprema tantas veces anunciada. Si la facción progresa, estaremos en el comienzo de la regeneración ó de la agonía. España en este duro trance, ó resurje fuerte para la vida de la libertad y del derecho, ó desaparecerá desmembrada entre los poderosos cual nueva Polonia. Y no será esto extraño, si no acudimos á salvarnos, que Polonia murió por no saber gobernarse, y nosotros somos ingobernables.

No: no es gobierno solo desde las alturas del poder. La labor ministerial resulta infecunda si no comparata al pueblo á la gobernación del Estado cumpliendo las leyes, y ajustando su conducta á la atmósfera en que se engendraran. Nosotros, todos los españoles, unos comprando y otros vendiendo el voto, hemos prostituido el sufragio; recomendando unos, admitiendo otros la recomendación, deshonramos el jurado; huyendo el cumplir la ley, fomentamos la deserción y la emigración; poniendo más empeño, mucho más, en conseguir gracia, que en defender derechos consagramos la soberanía del cacique, ¿cómo, con gobernantes tales, las leyes habían de redimirnos, por prudentes y sabias que fuesen?

Y sucedió lo que era indispensable. Con leyes casi democráticas, vivimos vida de profundo deajo reaccionario. La ley admite la tolerancia religiosa, nosotros, con nuestra intransigencia jesuítica y beata vivimos en plena reacción. Bastante importa que el artículo 11 de la Constitución exista, si nadie á él se ampara y cuando alguno lo hace lo rechaza. Con manifiesta magigata repugnancia; sin perjuicio de tolerar y aun aplaudir toda infracción del precepto constitucional. Las leyes se declaran constitucionalmente garantía de honras, vidas y haciendas. Pues nosotros las negamos tal virtud en la práctica. La honra la confiamos á la brutalidad, «duelo»; vida y hacienda á la «gracia», dispensada por el cacique. Con esta obra, interin ahogamos la libertad de la conciencia, transformamos el régimen político en un verdadero absolutismo, ya que no imploramos más leyes, que la soberana voluntad del cacique, grande ó chico, con el cual cuidamos de es-

tar siempre en amigables relaciones.

En un país así, con la vida encerrada en los estrechos moldes del dogma cristiano; empeñada en vivir, á pesar de las leyes, en pleno absolutismo; inexperto en el disfrute de la libertad, hasta el extremo de en su nombre confiar la dirección del Estado á la clerecía y á la reacción, el carlismo no es un accidente, ni siquiera un incidente sería su triunfo, es una legítima y matemática, por la rigurosa consecuencia, del estado actual.

¿A qué lamentarse ahora! Tiene gracia que dirigiéndonos á los gobernantes digamos que nos roban por culpa de ellos, la libertad querida, cuando nosotros metimos en casa los ladrones, é hicimos nuestras sus ideas. Nos está muy bien empleado.

Es decir, les está muy bien empleado. Porque nosotros, eternos enemigos del régimen, constantes denunciadores de que la ola negra crecía, pecamos quizá de tibios no alzándonos en armas, más en los demás terrenos como buenos luchamos. Algo más merecíamos que la amargura de ver la facción en el campo, aunque vistala barretina catalana.

Peligra el trono, y no nos importa, pero peligra la libertad y esto mucho no interesa. Precisa acabar con el carlismo. La monarquía no pudo conseguirlo en treinta años de paz. El pueblo español solo tiene un remedio para seguir viviendo independiente: colocar frente al carlismo una República fuerte, robusta, que dicte leyes y haga obedecerlas, que no consienta remedar en el siglo XIX la vida del siglo XVI; que se aparte para siempre de la iglesia, y que esparciendo luz por do quiera, obligue á recluirse entre las ruinas del pasado, el espectro de la reacción; la eterna pesadilla de España, su sudario, si todos no nos enmendamos.

UNA VERGÜENZA MAS

Después de Cuba, Filipinas y el tratado de París, nos guardaba el destino otra vergüenza: el levantamiento de las partidas carlistas en Cataluña, la región más europeizada de España. El grito de ¡Viva Carlos VII vibrando en nuestros tímpanos, es el más gran baldón que puede caer sobre la historia política de los que se llaman liberales.

En el porvenir de las partidas acumuladas en Berga, no va á litigarse la ridícula cuestión dinástica engendrada por la discutida legitimidad del testamento de Fernando VII, restableciendo la ley sálica; nó: el padre de Isabel II pudo dejar á su hija el trono español,

apoyándose en la antigua ley de la partida que establecía la *linea recta* en la sucesión á la corona; el prisionero de Valencienes pudo en su lecho de muerte derogar una ley en la que se fundaba el acceso de su familia al trono de Carlos II si Felipe V sucedió á los Austrias por ser nieto de la hija de Felipe III, no había inconveniente que á la muerte del Deseado, empuñara el cetro su hija, postergando á su tío Carlos.

Pero ahora no se discute una cuestión de herencia despreciada siempre por el pueblo soberano que eligió á Enrique II, contra los derechos de los hijos de Pedro el Cruel; á Isabel la Católica excluyendo á la Beltraneja; al primer Borbón poniendo el veto al archiduque Carlos; á Amadeo de Saboya olvidando á Alfonso XII; á la República sin reconocer al hoy conde de Turín.

En el triunfo de la rama segunda de los Borbones, no hemos de ver el postergamiento de Alfonso XIII, si no la reacción imponiéndose á la libertad; el púlpito gritando y la cátedra muda; las academias cerradas y el confesionario libre: la prensa amordazada y los curas sueltos.

Mirad la historia de la guerra civil: desde su origen tuvo su principal apoyo en el clericalismo y la clausura; Morgades, el padre Cardona, Cos de Macho, Comillas, Girona y Sota, son los sucesores de Santos Ladrón. Zumalacárregui, Cabrera y los curas trabucaires.

Aunque el pretendiente fuera liberal no resolvía nada: en el terreno económico había de respetar las cargas de justicia, el presupuesto de guerra, las clases pasivas y quizá llegaría hasta la devolución de los bienes de la Iglesia, para complacer al Vaticano, su primer aliado en caso de triunfo. Bajo el punto de vista internacional, nos enemistáramos con Francia, por el parentesco de don Carlos con el hijo del Conde de París; con Italia, por la segura protección á los Casertas, pretendientes á las Dos Sicilias; y quizá rinéramos con Inglaterra al reclamarnos el trozo de Andalucía que probablemente habrá cedido el desterrado de Venecia, por los recursos necesarios para la guerra actual. Políticamente, no saldriamos de la monarquía, causa de nuestras desdichas; ni de los Borbones, factores de nuestros desastres.

Es un error el creer que cualquier cambio político puede llevarnos á la tan cacareada regeneración; para curar á un enfermo, hay que combatir directamente su enfermedad; el cáncer que roe nuestro país es el clericalismo, que precisamente es lo que van á servirnos los sublevados en Cataluña.

Si queremos vivir como nación; si queremos conservar la existencia nacional que nos permita pensar libremente; si queremos vestirnos por las piernas, no dejemos propagar la plaga que amenaza invadirnos por el Noroeste de nuestra península.

A los partidos de la revolución ofrecemos el partido de la revolución: contra los voluntarios de Carlos VII, la necemos á los defensores de la libertad.

Enrique Gil Corrons.

LOS CINCO SACRISTANES

Porque en el ministerio Azcárraga figuran cinco generales, se ha dicho que acabamos de entrar en una situación militarista.

¡No hay cuidado! Militaristas eran aquellos gobiernos que tenían al frente un Narvaez, héroe de Arlabán, un O'Donnell, triunfador en África, ó un Prim, rodeado por la aureola legendaria de sus audaces hazañas.

Reconocemos que el militarismo puede tal vez levantar su cabeza en la Capitania general de Madrid; pero, ¿cómo podrá hacerlo en el seno del Gabinete, donde, á excepcion del ministro de la Guerra, los demás generales no son más que unos apreciables burgueses, que pasan las de Caín cuando tienen que meter la desbordada panza dentro del uniforme?

Don Marcelo Azcárraga es una excelente persona, un buen señor, escrupuloso padre de familia, según cuentan los que le conocen; pero su historia militar es, poco más ó menos, tan brillante como la mía que no tengo ninguna.

Ugarte y García Aliz cobran del Estado como generales, pero lo son del cuerpo jurídico militar; dos abogados con espada, dos cagatintas con uniforme, como diría un teniente irrespetuoso con la toga.

No son representantes del ejército con sus grandezas y sus defectos, ni pueden resucitar la supremacía del militarismo, dividiendo la nación en militares y paisanos.

—Pues entonces—preguntarán algunos ¿por qué ha sido acogido ese gobierno con tales aspavientos? ¿Son peores éstos que los que acaudillaba Silveira?

Puede contestarse afirmativamente sin miedo alguno. Con esa gente no se corre el peligro de ser siervos del militarismo y de la intolerancia religiosa.

A Azcárraga no le sacan motes como á Polavieja, llamándole el vencedor de Parañaque, ó á Weyler, titulándole el pacificador de Cuba; pero le apodan el arzobispo de Buenavista, y esto es alarmante, tratándose de un general.

El general Ugarte (¡llamémosle así) no ha reñido batallas más que con el papel sellado, pero tiene en su historia de guerrero heróico, páginas tan sublimes como la fundación de los Circulos obreros Católicos y el haber combatido en el Congreso el acta de Morayta por ser éste enemigo de los frailes de Filipinas.

Y el no menos general García Aliz, es el tipo perfecto, del joven de nuestros tiempos: huero, fatuo, de palabra sonora y campanuda sin saber nada, ni creer en nada; almacenando en su cabeza todos los lugares comunes de la época y dispuesto á ir donde quieran llevarle, con tal de no retroceder un paso en su carrera.

No son militares. Son sencillamente jesuitas.

El P. Montaña, que se sentó invisible en el banco azul, como la sombra del Comendador, al ser Polavieja ministro, ocupa ahora de punta á punta ese sofá parlamentario que se llena ó queda desierto á voluntad de su hija, de penitencia.

Cuando murió Martínez Campos decíamos que iba á desencadenarse tal reacción, que pronto nos parecería Silveira liberal.

Ya va cumpliéndose el vaticinio.

Nos gobierna Azcárraga, un obispo que erró la vocación; Ugarte, empleado hasta hace seis días del Marqués de Comillas; García Aliz, un espíritu dúctil que sería republicano si mandase la República, y carlista si reinase don Carlos; Vadillo, que hasta en su rostro tiene la expresión bobamente siniestra ó intolerante de un familiar del Santo Oficio y Sánchez Toca, un señor tan liberalico que se separó de Pidal por parecerle demasiado avanzado.

Eso no es un ministerio, es el personal de una residencia jesuítica, reunido en junta para casar á la niña.

La heredera del trono de España quiere casarse con un vasallo y pariente de Carlos VII. Cuatro generaciones de liberales que murieron por sostener la lucha entre las dos ramas de la familia borbónica, deben comprender desde el otro mundo cuán imbéciles fueron uniendo el sacrosanto ideal de la libertad á las cuestiones dinásticas.

En la familia de los Borbones ocurre lo que en las antiguas comedias. Los personajes pasan actos y actos peleándose, y al llegar el último... se casan, con gran desencanto de los bobos que habían tomado en serio sus luchas y diferencias.

Esto no es un Gobierno, es una agencia matrimonial.

Y no únicamente se dedica á unir elevadas señoritas con nobles tronados sino que, aprovechando la ocasión, casa ricas dotes con la Compañía de Jesús.

El primer acto notable ocurrido bajo el gobierno de los cinco generales, que mejor pudiera llamarse de los tribunales en favor de los jesuitas que guardar la fortuna y la persona de la señorita de Ubao, de las protestas de la madre.

En vano peroró Salmerón ante la Audiencia de Madrid, exponiendo copiosa doctrina jurídica. ¡Valiente candidez! ¡Apelar á razonamientos en una época como esta!

¿Los bienes y las personas no son de Dios? Pues pertenecen de derecho á los jesuitas, á los amigos más íntimos de ese Dios que demuestra de visiblemente su protección dándoles lentamente todo el dinero de España y arreglando las cosas para que el Gobierno de este pueblo esté en manos de los amigos de la Compañía.

Blasco Ibañez.

Sobre lo mismo

Sean jugadas de Bolsa, como algunos dicen; sean manejos de los separatistas catalanes, como opinan otros; sean, en fin, martingalas del gobierno para tener el pretexto de suspender las garantías constitucionales y poder continuar en el goce del presupuesto siquiera hasta el casamiento de la princesa, como creemos nosotros, ello es que ahí están otra vez deshonrándonos ante la culta Europa, los eternos enemigos del progreso y de la libertad, recorriendo algunas comarcas de Cataluña al vergonzoso grito de: ¡Viva Carlos VI!

¡Mentira parece que haya aún quien piense en aumentar los dolores de la patria! ¡Mentira que haya aún quien quiera secundar tan criminales propósitos!

El carlismo, es impotente para triunfar, ni en el campo, ni en los comicios: hoy sólo sirve para que el gobierno se aproveche de él presentándolo como el coco contra toda manifestación de la opinión pública.

Siempre que en el campo republicano se ha notado vida, ó ha habido como sucede ahora en la Unión Nacional, elementos populares que se disponen á marchar hacia adelante, han aparecido partidas carlistas, ó han hecho atravesar la frontera unos cuantos fardos de fusiles viejos para hacer ver que estábamos abocados á una nueva guerra civil sino continuaba el actual régimen rigiendo los destinos del país.

Este es el juego que vienen haciendo los gobiernos de la restauración desde que ocuparon el poder presentándose como salvadores de la sociedad, y esto y no otra cosa es lo que creemos ocurre hoy.

¡Mas desgraciados de nosotros si, en

efecto las partidas de Cataluña fueran el resultado de la predicación que en estos últimos años han venido haciendo frailes facciosos y curas trabucaires desde la llamada cátedra del Espíritu Santo, á ciencia, paciencia y presencia de los representantes del gobierno!

Lo primero que los españoles honrados que tienen vergüenza y son patriotas debieran hacer es, no correr á empuñar las armas para combatir al carlismo, sino pedir con decidido empeño hasta conseguirlo, no solo la caída del gobierno ultramontano que hoy padecemos, si que impedir también la subida de Sagasta, otro traidor de las libertades patrias, tomando el pueblo sobre sí la fácil empresa de exterminar de una vez para siempre á esos mamarrachos sinvergüenzas que en su inmensa imbecilidad creen que el pueblo español es capaz de sufrir como rey á un ente crapuloso y libertino que en Méjico como en París, en Rumania como en Italia, ha sido el escándalo de toda persona honrada.

En una palabra, para acabar con esa vergüenza que se llama el carlismo, y con todos los que directa ó indirectamente pudieran ayudar desde las esferas del poder, es preciso hacer lo que nosotros sabemos.

Con ministros rezadores y generales de brevario, rodaremos al abismo á cuyo borde estamos.

Aquí sólo se ha tratado de salvar el régimen, aún á costa de perder la patria.

Por miedo á la revolución se creó el conflicto de Melilla que degeneró en guerra desastrosa para España.

Por miedo á la revolución se fué á la guerra con los Estados Unidos y perdimos todo nuestro imperio colonial.

Por miedo á la revolución regresaron de Cuba las tropas en la forma vergonzosa que lo hicieron.

Por miedo á la revolución se ha mimado siempre á los carlistas y se ha perseguido á los republicanos.

Por miedo á la revolución se ha consentido que frailes cínicos y desvergüenzados y curas trabucaires y estúpidos conviertan el púlpito en club para insultar á los liberales y condenar la lectura de la prensa que por ser anticarlista calificaban de impía, lanzando casi á diario toda clase de denuestos contra sus lectores.

Y por miedo á la revolución, en fin, tenemos el presente grave conflicto.

Para solucionarlo pues son necesarios otros hombres que los que nos han venido rigiendo estos veinticinco últimos años.

Y entonces, si: el pueblo y el ejército fraternalmente unidos y dirigidos por españoles antes que todo y por sinceros y entusiastas partidarios de la libertad y del progreso, acabarían de una vez para siempre con esa inmensa vergüenza que se llama carlismo y con toda esa morralla de frailes, principal causa de todas nuestras guerras y desastres.

Mientras esto no suceda, cuiden los liberales de salvar su pellejo, porque á la verdad, para armarnos y salir al campo á combatir á los carlistas, no nos inspiran confianza los gobiernos de la restauración.

¡Todo menos eso! (1)

Al leerse en el Congreso los partes telegráficos en que se decía que desde la madrugada del lunes 15 de Julio de 1873 hasta las nueve de la mañana del miércoles se defendieron en Estella 200 voluntarios contra las facciones Dorregaray, Ollo, Pérula, Rosas y Aldea, en total 1.200 hombres con cuatro cañones, y que intimada que les fué la rendición y próximo el asalto del fuerte, el volun-

(1) Este y los dos que le siguen son trabajos publicados en «El Motín» y que creamos con mucho gusto por estar idénticas con ellos y pensar como su autor.

tario Celes tino Garamendi se encerró en la habitación que servía de polvorin decidido á prender fuego á la pólvora en cuanto un solo carlista intentase el asalto, permaneciendo durante todo el tiempo que duró el ataque con la mecha encendida aguardando el momento oportuno y que la señora del capitán permaneció en el fuerte todos aquellos días curando heridos y animando á los combatientes, el señor Rios Rosas, aquel gran tribuno, aquel gran carácter y aquel gran corazón, comenzó un discurso con este párrafo valiente:

«Cuando he oído el último parte leído por el señor ministro de la Gobernación en que se refieren los actos heroicos de Estella, me he electrizado al ver que la España de 1873 es la España de 1834 y 1837. Cuando he oído ese parte, he adquirido la completa seguridad de que el tercer pretendiente será confundido como lo fueron sus antecesores. (Grandes aplausos). Esta España desgraciada ha sufrido mucho; puede sufrir hasta la anarquía por un periodo de tiempo; lo que no sufrirá nunca es el despotismo de don Carlos ni de sus descendientes; lo que no sufrirá jamás, es la teocracia, la Inquisición. (Aplausos prolongados). Es menester decirlo muy alto para que lo sepa la nación y para que lo sepa la Europa entera: Jamás, jamás sucumbiremos ni á don Carlos ni á los satélites de la antigua tiranía! ¡Dirán aplausos! ¡TODO MENOS ESO!»

Al cuarto de siglo de haber pronunciado Rios Rosas esas palabras, y á pesar de que hemos caído muy bajo, y que la teocracia ha levantado la cabeza, y que los caracteres se han perdido, y que hemos sostenido dos guerras coloniales, una de ellas promovida por los frailes auxiliares del carlismo, y otra extranjera, y que las fuerzas están agotadas, y que nos vemos sin recursos, todavía podemos llegar á la tumba del orador enérgico y decirle:

«No valemos lo que la generación á que tú perteneciste; mas si para otras empresas no, para la de combatir al carlismo aún nos quedan alientos que nos permiten repetir con voz atronadora tu hermosa frase, é impedir que pueda ser por nadie desmentida.»

¡TODO MENOS ESO!

LA PLAGA CARLISTA

El carlismo debe desaparecer, no solo porque la capitanea una familia indigna de estar al frente de cualquier partido, sino porque es una rémora de nuestra civilización y de nuestro desenvolvimiento político.

Mientras haya carlismo, habrá en España masas ignorantes, eclesiásticos batalladores, aventureros latro-políticos, conspiraciones fanáticas, y guerras civiles prolongadas, estériles é inhumanas. El carlismo dificultará siempre todo adelanto político, económico y social; impedirá el régimen parlamentario, perturbará el desenvolvimiento de la vida municipal y provincial, atrasará el vuelo de nuestra agricultura, industria y comercio, envenenará el estado de nuestra marcha científica, literaria y artística, nos impedirá fortalecernos y desarrollarnos, y nos tendrá relegados á esa categoría de nación decaída, débil, inerte, que por su causa ahora tenemos, obligados á mirar en silencio lo que en Europa se hace.

Si el carlismo fuese verdaderamente un partido de ideas, un partido nuevo, un partido de intereses nacionales, se haría mal en destruirlo, por no privar á España de un elemento que la animase y robusteciese. Pero el carlismo no es más que una agregación de intereses egoístas, de vanidades repugnantes y de rutinas seculares que nos debilitan y empobrecen.

¿Y qué se proponen hoy en día los carlistas? ¿qué idea ni qué programa tie-

nen? ¿qué esperan, ó en qué confían? Lo único que hacen es dar importancia al mentecato y cobarde don Carlos, que se adorna con su adhesión, ayer para lucirla en las orgías de baronesas falsas y de cocottes reales, y hoy para halagar á su segunda mujer, que le ha llevado una fortuna con la esperanza de alcanzar una corona que no ha de ver en sus sienas.

Si alguien pregunta á los carlistas por la idea que defienden, no pueden contestar sino que siguen á don Carlos, sin justificar su vocación ni siquiera diciendo que el carlismo representa una idea nacional.

¿Qué son los carlistas en sí mismos? No son más que hombres de armas tomar sin recursos propios, ni dirección. Los que discurren algo en política, saben que sus ideas son impracticables.

¿Tienen siquiera programa, saben á dónde van, ó los mueve una idea común? No; se odian entre sí, y odian á la libertad, y los fueros, y la religión y todo lo que aparentan defender.

Pues si nada representan sino la deshonra de la patria ¿por qué andar en contemplaciones con ellos? ¿Se discute acaso el combatir las plagas?

MEDIDAS URGENTES

Hay que decretar inmediatamente al servicio militar obligatorio, para que vayan á la guerra los hijos de los clericales que han contribuido á que estalle, y que paguen allí con su vidas, como sus madres después con sus lágrimas, el crimen que sus padres cometieron.

Una de las principales razones de que las guerras civiles duren entre nosotros es esta; que las clases privilegiadas salvan á sus hijos por un puñado de oro. Fueran todos á batirse, y muchas familias dejarían de prestar apoyo directo é indirecto al carlismo, por temor á que sus hijos ó deudos pereciesen en la contienda.

Téngase esto muy presente, ya que la guerra ha estallado, no sólo por ser justo, sino porque contribuirá cual ninguna otra medida á que la guerra termine.

Otra medida que urge adoptar, es la de registrar y vigilar á los frailes, curas y monjitas (estas sobre todo), que viajen desde hoy, por si diera la casualidad de que fuesen portadores de dinero ó de documentos interesantes.

¿El principio del fin?

Cuando apenas si se han tirado al campo unos cuantos cientos de carlistas que juntos acaso no fueran capaces de brindar franco y leal combate á un batallón de nuestro ejército; cuando esos mismos carlistas haciendo bueno el refrán que dice que lo mismo se gana por los piés que por las manos, no hacen más que correr delante de las tropas que le siguen; cuando afortunadamente todo hace presumir que la agitación absolutista fracasará por falta de hombres que se sientan con alientos para defender aquel ideal á todo riesgo y por falta también de otras cosas que son indispensables en toda revolución, la lectura de los telegramas en que se anuncia la salida para Barcelona de escuadras extranjeras, con el fin de proteger las vidas de los subditos de sus respectivas naciones, nos produjo la mayor indignación y nos hizo prorumpir en crueles apóstrofes y en preguntas como estas, harto dolorosas, para quien lleva dentro del pecho un corazón español y sin mezcla de impurezas:

¿Pero es que ha llegado para España el principio del fin? ¿La hora de que se cumpla la profecía del desahogado ministro Chamberlain? ¿El reparto de su rico suelo?

¿Dónde están, nos dijimos en el colmo de nuestra amargura, aquellos gobernantes españoles que en casos extremos despedían á puntapiés á los embajadores de las naciones que se creían más poderosas? ¿Dónde aquellos estadistas que en casos como el del *Virginus* conseguían el triunfo de la razón sobre la fuerza? ¿Dónde aquellos políticos de espíritu viril, encarnación legítima de la raza ibera, que con todo género de armas, con las de la dialéctica al igual que con las del soldado, sabían defender y hacer respetable nuestro derecho y nuestro territorio? ¿Dónde, donde ha ido á parar todo eso?

No estuvieron mucho tiempo incontestadas nuestras preguntas. Repuestos algún tanto de impresión tan penosísima, fácil nos fué satisfacerlas por nosotros mismos, que bien sabido tenemos que aquellos esforzados varones, pasaron á la historia, y no son ciertamente los hombres de la restauración, los que lo desquiciaron todo y todo lo desmoralizaron en este país, los que dieron con su crédito y con sus ricas colonias al traste, los llamados á emular las glorias de aquellos que pesé á sus defectos si los tuvieron, hemos de llamar ilustres gobernantes é insignes patriotas, porque sabían revolverse como leones contra el osado que tratase de inferir la más leve ofensa á nuestro honor, y pocas veces resultaron vencidos.

Los políticos que han de recoger tal herencia, los que se han inspirado en tan saludables ejemplos, los que han de volver por los fueros de nuestra dignidad hollada, son otros, no los de la monarquía, bien lo sabe el país.

Por eso extrañamos que éste no se levante en masa, como un solo hombre, contra el gobierno que consiente que el alzamiento de cuatro carlistas, sirva de pretexto para que una nación cualquiera que ella sea, envíe sus barcos á nuestros puertos para proteger unas vidas que nadie debe estar más interesado en garantizar que España misma; contra el gobierno que no le hace entender á esas potencias, que para resolver nuestras luchas intestinas no necesitamos la intervención de nadie.

¿Es que como creen muchos este país está en realidad muerto?

Pues si está muerto que lo entierren y venga de una vez cualquier cosa.

El diluvio.

La intervención extranjera.

El reparto.

Todo es preferible, á devorar las vergüenzas que en silencio estamos devorando hace ya mucho tiempo.

Nota del día

La Audiencia de Pamplona va á resolver en un proceso curioso. Se trata de que, con motivo de una proposición hecha por un edil en el Ayuntamiento de Fitero, para que fuera sustituido el retrato de la Regente que ocupa el dosel de la sala capitular por la imagen del Corazón de Jesús, el corresponsal de nuestro querido colega «El Porvenir Navarro» criticó aquella idea, verdaderamente extravagante.

La justicia creyó de su deber procesar al irrespetuoso concejal y al que

criticó su falta de respeto; mas al poco tiempo sobreyó el proceso del primero y continúa el del segundo sus trámites, pidiendo el fiscal seis años de presidio y 2.000 pesetas de multa para el periodista que salió á la defensa del respeto que se obliga á tener al poder constituido.

¿A cuántas reflexiones se presta el hecho relatado! Hay Ayuntamientos, colectividades jurídicas en España que á fines del siglo XIX cuentan entre sus representantes fanáticos como ese concejal que pretendía en Fitero colocar la estampa del Sagrado Corazón presidiendo al cabildo. Hay tribunales de justicia que cuando se les denuncia un hecho penable procesan á la vez á quien condena tal hecho.

Y no faltan entre las gentes de justicia quienes dejándose influir por el poder de los caciques recuerdan la ley del embudo, é invirtiendo éste, aplican lo ancho para el culpable y la parte estrecha para quien condena la falta, pretendiendo imponer nada menos que seis años y gruesa multa al periodista que cumplió con su deber.

Y luego, cuando tantos abusos llegan á su natural consecuencia; cuando la reacción, consentida en el imperio que viene ejerciendo quiere tomar de derecho lo que de hecho se le dió, hay Gobiernos que creen que con suspender las garantías van á salvar al país...

El hecho de Fitero es de elocuencia tremenda para cuanto ocurre estos días en algunas regiones de la Península... Combatir al carlismo y amparar á esos farsantes de los corazones son cosas que ni caben en un costal ni están amparadas por la lógica.

UNA HISTORIA FUNEBRE

(CONTINUACION)

X

También había otros Señores abogados y médicos cuyos nombres no considero necesario citar, y algunos agentes municipales y de orden público que es de creer se hallaban de servicio en aquel acto.

Antes de darse principio á la disec-

ción, se suscitó un incidente que duró buen rato, por oponerse el Escribano á que estuviesen en el local presenciando la autopsia, otras personas que no fuesen las que por ministerio de la Ley habían por precisión y necesidad de estar allí: tales son el Juez, el Escribano, los médicos disectores, el que representaba á la familia del muerto, ayudantes en la operación y algunos agentes.

A esta arbitrariedad por parte del Escribano, puesto que él no ejercía autoridad y son sabidas las funciones á que debía limitarse, se opuso el público, alegando tener derecho á estar allí, pues el acto debía revestir la mayor publicidad para general satisfacción y evitar toda clase de suspicacias, y como yo me hice eco de estas razones que creía de irrevocable lógica, se encaró conmigo el señor Mancebo, queriendo exigir que fuese yo de los primeros en salir con la familia del finado José María, sin que valiese á esta alegar el derecho de su permanencia aunque le fuese penoso con tal motivo; ni á varios alumnos de medicina que cursaban la asignatura «anatomía» su propósito y buen deseo de aprovechar aquella ocasión para estudiar en el cadáver, ni á mi el derecho que con algún fundamento pudiera invocar, ó al menos que debiera guardárseme especial consideración por haber sido yo el iniciador—denunciante de hechos sospechosos en que debieron tener origen aquellas operaciones; aparte de que el señor Juez de Instrucción me avisase y autorizara verbalmente—aunque pudiese concurrir como público—para que asistiese si lo creía conveniente; aviso que ya conocía el Escribano: este, no obstante lo relacionado, llevándose por decirlo así, la voz cantante, irguióse altanero y me recriminó gritando como un energúmeno «Señor la Hoja» «que está V. armando un lío»; al cual ultraje hubo de contestar «Señor Mancebo» «yo no sé armar líos» «será que usted quiera armármelo á mí».

Intervino entonces el alguacil delegado en funciones de Juez, haciéndolo en forma tan prudente y amable cual le permitiese la seriedad del acto y el cargo que desempeñaba, que mereció el aplauso del público y sus manifestaciones de simpatía, poniéndose término al incidente y comenzando la disección anatómica. «cuyos efectos» hicieron desalojar en gran parte la sala-depósito, que por otros medios y en formas desmesuradas intentara el escribano don Alfredo Mancebo como si le importase que la autopsia se practicara con el mayor sigilo; la cual actitud, el público imparcial, haciendo sabrosos comentarios, interpretó y censuró á su modo; siendo de advertir que el público, la opinión, se equivocó pocas veces.

Como es llegado el momento de dedicarme á consignar algunos detalles relacionados con la autopsia, preciso será recordar que ofrecí explicarme en términos castellano-castizos, y así lo haré, usando palabras, frases y nombres comunes para la mejor y más fácil comprensión de los lectores, cuya inmensa mayoría estará en cuanto á conocimientos de medicina y cirugía próximamente á igual altura que yo, y es para ellos para el mayor número para quienes escribo; pues demasiado sé que no puedo escribir y no escribo para médico-cirujanos.

Así y todo, no extrañe nadie que diga algún despropósito, que necesariamente ha de emanar de mi erasística cuanto atrevida ignorancia, aunque esté animado del mejor deseo en cumplir lo que ofrecí; teniendo en consideración que este trabajo es «exclusivamente mío», advertencia que huelga, pues por lo grotesco, deficiente, incoloro y mal escrito, fácil es adivinar que no está inspirado por otro que por mi propia incompetencia; y que si uso algún término teórico, es de los pocos de esos que vulgarmente se dice «reajidos al vuelo» dispensándome que tal vez les aplique á destiempo

y les escriba incorrectamente; pero prometo que pondré especial cuidado en hacerme entender, apuntando detalles que tuve ocasión de notar durante la autopsia; con exposición de observaciones que en mi opinión, son de sentido práctico, de razón natural, salvo error de apreciación.

Comenzóse por la práctica de un reconocimiento en el dorso del cadáver, consistente en introducir en el «ano» un aparato, designado según el decir, con el nombre de «espectulum» introducción que se operó sin dificultad aparente ó «como Pedro por su casa» parándose los peritos á inspeccionar brevísimos momentos; tan brevísimos, que por serlo tanto, no me bastarían á mí todas las explicaciones. Y razonamientos teóricos y prácticos habidos y por haber, para convencerme de que hubiese tiempo suficiente en el invertido, para reconocer y apreciar la existencia ó no de huellas de haberse ejercitado la pederastia; como inmediatamente se colocó al cadáver de espaldas, para la disección, llamé la atención del médico don Ricardo Díez preguntándole si aquella inspección había terminado, y como contestase afirmativamente, le manifesté mi extrañeza de que se hubiese practicado á mi modo de entender, tan ligera y superficialmente, y mi deseo y de la familia que él representaba, de que se repitiese en la forma más conveniente y con el debido detenimiento; lo cual tuvo efecto después de practicada la disección y en virtud de petición de don Ricardo Díez.

Una vez al descubierto la cavidad abdominal y la torácica y hecha la extracción de las vísceras, estómago exófago é intestinos, y habiéndose dado á todo mil vueltas en el cadáver primero, y entre las manos después, pidióse por el señor Forense un frasco en el que se depositaran los intestinos, estos se hallaban como si se hubiesen inflado ad hoc; pero no acusaba aquel —el frasco— capacidad suficiente para contenerlos, circunstancia que hizo presente uno de los auxiliares en la autopsia, á cuya observación agregó el Forense «pues sañarlos el aire pinchándolos con una alfiler, para que quepan» y en efecto, así lo hicieron; pincharon varias veces los intestinos con alfileres, «salió el aire», y se redujo al volumen á la mitad, cabiendo con holgura en el frasco...

Y ahora se me ocurre preguntar: en la hipótesis de que José María hubiese fallecido á consecuencia de un narcótico de un veneno cualquiera, de los efectos ó acción del clorofórmio etc. etc. ¿no habría hallado acaso en los intestinos —apesar del largo tiempo transcurrido desde la defunción— algún vestigio, alguna huella, que pudiera todavía existir, denunciadora de la muerte violenta, consciente ó inconscientemente ocasionada?

Y en esta hipótesis, y en la de existir tales vestigios ó huellas y pruebas en los intestinos ¿no ha podido facilitarse por impremeditación la fuga ó desaparición de aquellos vestigios, huellas y pruebas por vaciar de aire ó gases susceptibles de evaporización los intestinos por el procedimiento usado de las pinchaduras ó picadas con los alfileres?

Consideraciones son estas, que como me sugieren, las expongo francamente al criterio de los demás, y principalmente al de los señores médicos y cirujanos á quienes acaso podría ser útil á guisa vez la observación de un profano en la ciencia de curar y sus anejos.

Eulogio de la Hoz.

(Continuará)

EL COCO

Ya tenemos en campaña al carlismo, por poco tiempo sin duda, pero el sufi-

ciente sin embargo para dar fô de vida, dando á conocer al país que no embalde los partidos monárquicos lo criaron á sus pechos.

Todos ellos trabajaron á porfía para colocarle á la altura que hoy se encuentra, falsificando nuestras leyes y haciéndonos vivir en un régimen que solo en la forma tiene visos de constitucional.

¿Y como no ha de suceder esto, cuando el ciudadano español permanece petrificado á través del tiempo, sin noción ni participación en la gobernación del Estado?

Sabido es de todos que lo que influye más en la variación de creencias de los pueblos, es la instrucción; por medio de esta, abandonan rancias ideas entrando de lleno en el progreso general del mundo. En España por desgracia no existe. El fraile y el jesuita siguen siendo los amos y señores del hogar, mientras el maestro de escuela es despreciado y escarnecido, como el ver que para nada sirve, sino se pone al servicio de la reacción.

¿Como quieren ahora los causantes de su ruina, que este pueblo servil y miserable, acostumbrado á tomar la sopa de los asilos benéficos, se levante indignado contra los que le llenan el estómago, mientras ellos los arruinan con impuestos onerosos?

Fracañará la intentona, pero si tal no sucediera, cuenten con que el obrero inteligente, el que siente correr por sus venas la sangre española y por su cerebro las ideas de libertad, se levantará, si, pero será para barberlos á todos, protectores y protegidos, acabando de una vez con un régimen, que si lo dejan terminará por hacer girones nuestra patria.

Pero en medio de todo tenemos suerte, las guerras intestinas que ensangrataban nuestro suelo se han hecho imposibles; no porque haya disminuido nuestro ímpetu guerrero y nuestro deseo de matarnos como fieras porque mande Juan ó mande Pedro, no, no es por eso precisamente, es porque las potencias extranjeras nos lo impiden.

¡Oh qué caritativas y qué humanas son esas potencias! comprenden lo bárbaro de nuestro sistema de imponer reyes y nos detienen el brazo.

¿Verdad mis queridos lectores?

Chasco se llevaría el que tal pensara, ocasión admirable tuvieron en las guerras coloniales de mostrar su humanidad y no lo hicieron, y ahora tampoco lo harían, sino temieran perder el cupón, los ferrocarriles y las minas, que como ustedes saben están en su poder y que una guerra civil pondría en peligro.

Somos como los niños traviesos, á quienes sus mamás prohíben jugar, para que no rompan el traje.

¡Qué vergüenza!

H.

NOTICIAS

El viernes tomó posesión el Director del Instituto, nombra lo últimamente, don Cecilio González Domingo.

La sociedad de Dependientes del Comercio é Industria proyecta la celebración de una velada inaugural de las clases que se propone crear en el Circulo Mercantil.

Son varias las personas que se proponen asistir al congreso Hispano Americano que se está celebrando en estos días en Madrid.

Es casi seguro que todos los centros oficiales tengan representación menos nuestro Ayuntamiento.

Esto... no es menester alabarlo.

Ha sido nombrado vicerector de esta Uni-

versidad, el catedrático de la Facultad de Derecho, don Salvador Cuesta Martín.

Celebramos muy de veras, que la enfermedad que ha padecido nuestro querido amigo y correligionario don Salvador G. de Linaño haya sido pasajera.

Se encuentra en Salamanca donde pasará unos días, nuestro querido amigo don Eduardo Muñoz, director que fué de El Adelanto y otros diarios.

Reciba nuestra bienvenida.

Dice El Adelanto:

La Universidad de Valladolid ha nombrado dos individuos del Claustro, que la representen en el acto de inaugurar la estatua de don Claudio Moyano.

De la Universidad salmantina van dos profesores: los señores Valdecasas y Requejo, al Congreso Ibero-Americano, ó por lo menos á pasar unos días en Madrid; pero ninguno, que sépamos, lleva la representación de este centro docente, ni para intervenir en las deliberaciones de aquella asamblea, ni para asistir á la inauguración del monumento.

Y eso que en el Congreso, habrá de tratarse de algo que interesa mucho á esta Universidad.

El Rector señor Unamuno ha recibido una cariñosa carta del sabio profesor de Valencia doctor Moliner, en la cual, entre otras cosas, le participa que el día 20 vendrá á Salamanca á saludarle y á visitar los monumentos de nuestra ciudad.

Ayer regresó de Navacarras, donde ha pasado una larga temporada en uso de licencia el ilustre catedrático de Derecho penal de esta Universidad, nuestro querido amigo don Pedro Dorado Moutero.

Esto no he saldrá para Madrid, llamado por el Ministro de Instrucción Pública, el Rector de esta Universidad, don Miguel Unamuno, y con objeto de asistir á las sesiones del Congreso Ibero-Americano.

Verde y azul

La mayor prueba de que vamos de cabeza.

Silvela nos hizo echar de monés á Cánovas.

Polavieja á Martínez Campos.

Azcárraga á Silvela.

Ugarte á Dato.

Conque ¿si iremos cuesta abajo?

El mismo día que se dijo haber indicado el Papa, como sucesor suyo, á un español, apareció la partida de Badalona.

Coincidencia.

Otra: mientras Ordóñez, general, hace penitencia pública, Angustín acompaña á los seminaristas burgaleses, y otro general ayuda á misa, los carlistas con sus correspondientes curas al frente, se batan.

Otra coincidencia.

Otra.

Mientras hubo algo de libertad no hubo carcas.

Así que se mima á Caserta, á los frailes y al Nuncio, saltaron los carlistas.

Azcárraga se declaró continuador de la obra de Silvela.

Silvela asintió.

Y nosotros.

Porque este lodo de hoy, proviene de aquel polvo de antes.

Quien siembra curas. Recoje carlistas.

El «Carlos V» y el «Polayo» fueron á Barcelona.

¡Cielos! si don Carlos tendrá escuadra.

En Venecia tenia una góndola.

¿Si la habrá armado?

¡Adios, lowa!

Los periódicos de Madrid dedican columnas y más columnas á dar cuenta de la agitación carlista.

Lo que no nos han dicho todavía es que haya sido fusilado Cerralbo, ni Mella, ni Llorens, ni siquiera ni si quiera el obispo Morgades y algunos otros de su calaña, conspiradores más ó menos conocidos, en favor de don Carlos y en contra de la patria.

De ellos, el que no había transpasado la frontera antes de decir la primera partida aquí estoy yo, la traspasó después; otros como el célebre obispo de Barcelona, están tan tranquilos en sus casas-palacios, y los menos, como el señor Llorens, han sido detenidos.

¡Ah!... los conventos de frailes y jesuitas y los seminarios y colegios donde se fraguan todo género de planes, se educan hombres ó se recaudan fondos para la facción, siguen sin novedad en su importante salud.

No puede esperarse otra cosa de gobiernos que preside un general que no resuelve ningún asunto sin el consejo de su confesor.

Y del que es miembro, aunque no lo parezca, el padre Montaña.

Como el movimiento hubiera sido republicano, ya sería otra cosa.

El hierro y el fuego parecería poco para exterminar á los sublevados.

Pero es carlista, y aunque no sea más que por afinidad y simpatías, tiene que contemporizar con él don Marcelo.

¡Qué desdicha de país, entregado á tales manos.

Las partidas carlistas, aunque pocas en número y menos en importancia hasta ahora, siguen dando que hacer al Gobierno, y que gastan á la nación que sentirá en breve los efectos.

Por lo pronto, ya ha empezado el trasiego de tropas.

Y no hay para que decir que esto y las persecuciones de las partidas, nos saldrá por una friolera.

Y muy agradecidos tenemos que estar todavía á quien maneja todo este cotarro carca absolutista, si la cosa no pasa de donde está.

Que lo vemos muy dudoso, por haberlo afirmado un gobierno que no sabe lo que se pesca.

El jefe de los liberales ha dicho que los carlistas no se encuentran en condiciones de perturbar el orden seriamente.

Durmamos tranquilos.

Ese hombre se equivocó pocas veces en sus pronósticos.

Y cuando se equivocó nos lanzaron á puntapiés de las colonias más ricas que poseyeron estados.

Durmamos... durmamos.

También son del viejo liberal estas palabras, propósito de los carlistas.

«Se trata de un escándalo producido para iniciar un estado de alarma que nos ridiculice en el extranjero».

¿Más todavía de lo que lo estamos por su culpa, por su grandísima culpa, señor Sagasta, y por la culpa de otros políticos de su condición?

SALAMANCA

Imp. de EL COMBATE.

—1000—